

Editorial

VOCES HUECAS

La población política de España se divide en dos: golpistas y demócratas. Todo lo demás es secundario. Los golpistas son una minoría, incluso muy reducida. Es una característica histórica: todo «golpe» es la imposición de unos cuantos sobre todos los demás gracias a la acumulación de una fuerza —armas, dinero, poder de todas clases— que supere la del número. En los últimos años, y en todo el mundo, como consecuencia del imperio occidental de unas doctrinas políticas de filosofía democrática, los golpistas tratan siempre de legalizarse: no basta el empleo de la fuerza, sino que necesitan esgrimir unas razones, una conciencia, una justificación. Lo peor, lo más grave de lo que está sucediendo en España, sobre todo entre las dos fechas golpistas del 23 de febrero y el 23 de mayo, es que hay fuerzas políticas que están dando ese ánimo moral a la subversión: desde los otros terroristas —ETA, GRAPO— que tienen la estrategia de provocar el golpe y suministran pretextos, hasta una peligrosísima zona blanda y cobarde de la clase política dominante que lo está enmascarando, mimando, dejándolo crecer. Está colaborando con sus propias armas: la hipocresía, la mentira, la falsa información. Les alimenta su propio miedo, su colaboracionismo, su falta de fe fundamental en la democracia. Lo hacen, además, mal: tan mal que se ve su propia trama, su inseguridad en la invención. O un cierto cinismo del corte hilleriano, de cuando se creía —y se proclamaba— que una mentira mil veces repetida se convierte en una verdad. Estos otros golpistas sin voluntad, estos aterrados dirigentes, han llegado a la esquematización de que sólo puede haber buenos y malos, y desarrollan esa torpe película cada día por el simple sistema de inventar, primero, los «malos» y, luego, de atribuirles toda la maldad, puesto que los «buenos» —los que ellos prefieren calificar como buenos; o los que tienen sobre ellos la fuerza suficiente como para obligarles a llamarles «buenos»— no pueden ser capaces de maldad. Larra decía ya que lo que no se puede decir no se debe decir. Aquí se ha llegado a más: se llega a decir lo contrario de lo que no se puede decir. Para ello no importa la inverosimilitud, la contradicción flagrante, la mentira evidente. Muchas de las actividades políticas se han convertido, ahora, en simple cara dura y voz hueca y retumbante. La noche, y hasta la madrugada del 24 al 25 de mayo, fue una precipitación más de falacias, de envolturas idiomáticas, de ocultaciones: después de treinta y seis horas de silencios aún más culpables. La base única fue que la ultraderecha, la extrema derecha —y la derecha en general— no pueden delinquir. Están autoritariamente definidos como los «buenos» de este repugnante melodrama. Representan el orden...

Finalmente, a la madrugada, se oyó la voz de un representante oficial del Gobierno aceptar a duras penas que el terrorismo del Banco Central de Barcelona —que en las voces oficiales había ido recibiendo distintos calificativos: nunca se llamó a los forajidos forajidos, sino asaltantes, secuestradores, comandos, al final, se hizo el hallazgo de llamarles «atracedores», y la destilación de su anarquismo, incluso de su «anarcosindicalismo»— procedía de la extrema derecha. Veremos más allá del horario y día de cierre de esta publicación cómo se desarrolla la mala novela impuesta, la lectura y escucha obligatoria; el folletín decimonónico escrito por unos autores torpes que se viene desarrollando, por lo menos, desde el 23 de febrero; y la escritura se convierte en vida misma con actos insensatos de libertad, exculpación, atención y cuidado de aquellos que tienen que ser a la fuerza, los «buenos» de esta historia. Veremos quienes caen —dimiten, pierden, son expulsados, arrojados del pequeño paraíso, perseguidos, calumniados— y quienes se alzan, triunfan, gozan de la retórica de la bondad política. Veremos quienes pierden y quienes ganan de verdad. Independientemente, claro, de la autenticidad histórica. A menos que la gran España de los no golpistas sepa, por fin, oponerse seriamente a la de los golpistas.

LA CRISI

UN futurólogo americano —Arnold Brown, publicado por la «World Future Society» de Washington— cree que estamos en la «era de Osiris». La desgraciada vida de Osiris, faraón y después dios, es conocida: su hermano le mató, le descuartizó en catorce pedazos y los arrojó al Nilo o los distribuyó por la tierra; pero las piezas se pudieron reunir y Osiris volvió a la vida. Y al poder: rey y juez de los muertos. El culto a Osiris renovaba cada año —coincidiendo con los movimientos del Nilo—, el descuartizamiento y la reconstrucción. La parábola de Brown es sencilla: «Como Osiris, nosotros atravesamos tal vez por una transformación.» Como la reforma, la revolución industrial y el renacimiento. «Como la historia lo demuestra, en dichas transformaciones las instituciones que componen la estructura de la sociedad que agoniza se desmoronan, y ese derrumbe es una condición imprescindible para que puedan erigirse las nuevas instituciones de una nueva sociedad. Las instituciones viejas impiden el desarrollo de una nueva era, la cual tiene nuevas necesidades y nueva gente.» Es una visión optimista del futuro. Para algunas personas, la simple observación del presente es desmoralizadora. Sobre todo si miden el tiempo histórico con el ritmo de sus propias vidas, lo cual es bastante justo, y deducen ya que no hay futuro. Esta otra forma de conjetura, la pesimista, está apoyada en que las nuevas instituciones no se ven venir; o las que se ven venir no gustan. Nuestro siglo, en el que vivimos, o el que nos vive a nosotros, ha producido algunos modelos políticos dotados de grandes esperanzas y productores de nuevas instituciones: el comunismo, el fascismo, diversas formas experimentales y prácticas del capitalismo, el tercermundismo y alguna que otra religión rampante, además de las esperanzas más o menos científicas: el freudismo, el relativismo einsteniano, la creencia en lo científico y lo técnico. Se nos han quedado entre las manos.

Todas estas instituciones se han enfrentado entre sí, se han destruido mutuamente, se han desgarrado, y no han dado a luz nada parecido —desde nuestra óptica de contemporáneos— al renacimiento, la revolución o la reforma. Por el momento, lo que se percibe es la institucionalización desgarrada y su falta de servicio. Es evidente que hay unas leyes históricas y que, dentro de ellas, se pueden encuadrar movimientos paralelos. Brown cree,

DE LAS INSTITUCIONES

EDUARDO HARO TECGLÉN



Pompa y esplendor: todas las instituciones están representadas en esta imagen británica: realeza, pares, justicia, partidos. Y, sin embargo, el gusanillo de la incredulidad va mordiendo ya la vieja fruta.

con algunos historiadores, que hay un movimiento pendular en las crisis de las instituciones (en alza, en baja), Barbara Tuchman («A Distant Mirror») que el espejo lejano en que podemos mirarnos es el de la transformación del siglo XIV, de la Edad Media al Rena-

cimiento. Pero las diferencias de cada movimiento histórico con otro paralelo son tan importantes que casi los hacen incomparables. Por ejemplo, nunca se ha producido simultáneamente una crisis de *todas* las instituciones y en *todo* el mundo, y nunca el ciudadano ha

estado tan informado —la información es estrictamente nuestra, y en comparación con la de que disponemos puede decirse que el pasado nunca la tuvo— del desarrollo de esta crisis y de los comentarios de los *críticos* —hombres de crisis—. Y en ningún momento

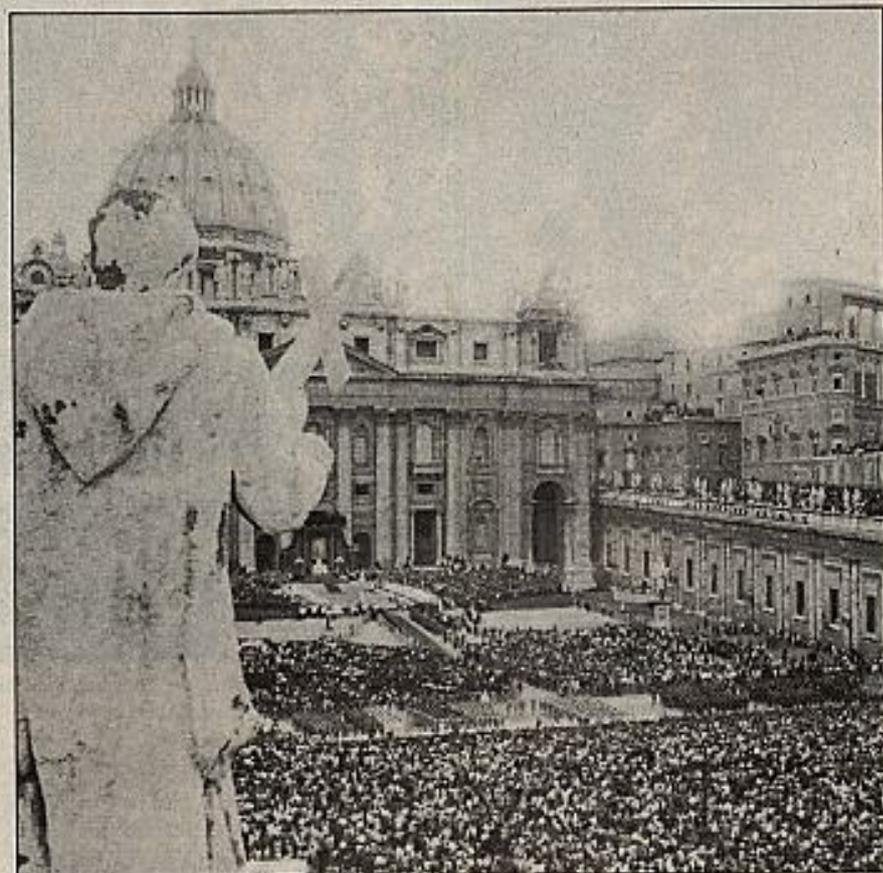
LAS INSTITUCIONES

se han liberado tantas energías que ahora amparamos con el nombre de libertad —la libertad es una aspiración a la libertad; nunca ha habido tanta aspiración a la libertad—. La cuestión procede, probablemente, de que las instituciones no han fallado en los siglos pasados en presentar simultáneamente dos aspectos de coacción: por una parte, la fuerza; por el otro, la necesidad, la razón, el pensamiento. La información y el desgarramiento de nuestro tiempo han destruido las bases morales de las instituciones. Les quedaba sólo la fuerza, y no es suficiente. Una fuerza que se ha ido desgastando. Probablemente estas grandes divisiones académicas de «las tres R», tan repetidas —Renacimiento, Reforma y Revolución—, o las otras de Edad Antigua, Media, Moderna o Contemporánea sólo se pueden aceptar como hipótesis de trabajo y como una facilidad de entendernos. Sin necesidad de creer —ya que, en general, se trata ahora de no creer— en el determinismo histórico o en cualquier otra forma sagrada o profana del providencialismo, podría considerarse que hay un movimiento continuo, desde lejanos orígenes a nuestros días, transmitido por todas las vías posibles de comunicación, entre las formas de coacción necesaria que se fijan en las instituciones y las formas de liberación; un movimiento lentísimo que tiene en nuestro tiempo un desarrollo muy superior al de otros tiempos pasados. Hemos visto destruirse mutuamente las instituciones. Nos han enseñado unas a no creer en otras, antes de perecer otra vez. Un español que tenga ahora sesenta años ha visto desmoronarse sucesivamente la dictadura de Primo de Rivera, la Monarquía, la República, el Franquismo. Está viendo desmoronarse la Democracia, y tiene ahora ante sí un panorama que oscila entre los extremos del golpismo y el terrorismo sin que las instituciones creadas en estos cinco años le sirvan ni tan siquiera de defensa moral: pierde la fe en los partidos que estallan de dentro a fuera al mismo tiempo que son aplastados de fuera a dentro; ve con estupor el parlamentarismo vilipendiado, pero no sólo por el espantoso espectáculo del 23 de febrero, sino por su propio funcionamiento equivocado, lento, impotente.

Se trata de instituciones políticas, evidentemente. Pero las instituciones políticas son aquellas que intentan dar un orden a la sociedad y sobre todo en España tratan de canalizar la vida cotidiana. Se puede decir que sobre todo en España dentro de un orden occidental hay otros países del «tercer mundo», muchos de ellos herederos de esta angustia de la españolidad donde

sucede lo mismo o más. El compromiso histórico de la generalidad europea, incluyendo algunos países no continentales que son descendientes directos de Europa —los mismos Estados Unidos— consiste en un intento de preservación de la vida cotidiana y de la organización de la sociedad frente a las alteraciones de la política, incluso de las formas de régimen y de estado. En España la distinción es mínima. De los cambios políticos han dependido siempre las posibilidades de trabajo, de educación, de creencias religiosas; incluso la misma vida física. Con breves excepciones España ha sido, en los últimos siglos —y notablemente en los últimos años—, un modelo de totalitarismo: todo en la vida de todos ha dependido de la forma del Estado, y la forma del Estado de la alternación humana en su dirección. Todavía hoy un simple cambio de director general puede hacer la riqueza o la desgracia de quienes dependen de su ramo. Más allá de esta dependencia inmediata hay otras dependencias lejanas: hay ciertos puntos de decisión que son externos. Un simple cambio de Papa puede alterar los usos y costumbres, y hasta las situaciones legales y económicas, de muchos españoles, como consecuencia

del predominio eclesiástico en la vida pública, y esto atañe no sólo a los creyentes, sino también a los que no lo son. Pero los creyentes es probablemente un choque psicológico superior, porque puede suponer una alteración en su manera de creer. La particularísima emoción con que se siguió en España el atentado del 13 de mayo contra Wojtyła, aparte de sus naturales e inmediatas repercusiones morales individuales, tenía un componente mucho más individual que en cualquier otro país del mundo; podía repercutir en cada vida. Como dos meses antes la lucha entre la vida y la muerte de Reagan, o como los votos por Mitterrand o por Giscard en Francia. Esta forma de internacionalismo empírico nos aleja cada vez más de los centros de decisión y disminuye nuestra capacidad de influencia en los acontecimientos que rigen nuestras propias vidas. Probablemente siempre ha sido así; pero antes se veía, y ahora se ve y se sabe; incluso se exagera. La situación del ciudadano de media consciencia en la España de hoy es que el terrorismo o el golpismo no los domina, no puede hacerlos cambiar; pero tampoco puede hacer cambiar ciertas circunstancias internacionales. Ni siquiera el precio del pe-



Wojtyła está haciendo un esfuerzo inmenso, aún de país en país, para que el Vaticano —la Iglesia— vuelva a ser la cuna del dogma.



Los grandes proyectiles siguen siendo una realidad, desafío y respuesta a desafíos. Pero ya los primeros de mayo de la Plaza Roja de Moscú no despiertan la emoción de otros tiempos en el mundo donde se discute la solidaridad proletaria internacional...

tróleo, que puede hundirnos para siempre.

El conjunto de todos estos sucesos hace perder valor a las instituciones inmediatas, mientras hace inútil creer o no creer en las instituciones lejanas porque no están a nuestro alcance. Pensemos, por ejemplo, en las que el fascismo llenaba células primarias de la sociedad, como base de todas las otras instituciones: el municipio, el sindicato, la familia. Una reciente modificación en la composición de los municipios, la entrada en tromba de la izquierda proscrita, apenas nos revela que la buena voluntad de alcaldes y concejales tropieza con lo irreversible de ciertas situaciones urbanas, sobre todo en las grandes aglomeraciones; no se puede ya modificar lo acumulado por el pasado, pero apenas se puede conseguir evitar que siga sucediendo. El sindicato está siendo acusado de obediencia a partidos, los cuales a su vez modifican su posición con respecto a las reivindicaciones sociales según estén en el consenso o en la oposición, según teman sucesos dramáticos o no; la libertad sindical no ha conseguido, tampoco,

luchar contra lo irreversible del paro; y se le propone como fórmula para conseguir algo que renuncia a lo que es su fundamento básico: la mejora de salarios y la reducción de horas de trabajo. En cuanto a la familia, se ha dejado de saber lo qué es, y cómo cohenestar su función con los movimientos feministas y los juveniles, con las uniones libres o con la lucha por el divorcio. A partir de que las presiones contradictorias son de tal magnitud que pueden destrozar la psicología de cualquiera se insta a los padres a cumplir una función de autoridad y se les culpabiliza por la falta de creación de un modelo, mientras los hijos tienen una mayor influencia de la educación, de la televisión o de la calle.

Se podría pasar revista a instituciones de todo tipo. Desde la seguridad social —¿es buena, es mala, es irreversible, es un despilfarro?— hasta la medicina: el brote de «legionella» ha obligado a traer médicos extranjeros mientras se criticaba abiertamente el trabajo de la medicina social. Y a la medicina del Estado. Es un ejemplo mínimo, pero revela algo de lo que ha ido pa-

sando; la medicina ha pasado de ser una sacralización a ser una institución, y a sufrir la suerte de las instituciones. Es decir, el descrédito, la discusión, la duda. Adviértase que en este tránsito hay mucho de irracional: se le está arrebatando la capacidad de curar, lo cual es a todas luces inexacto. Mayor número de personas reciben ahora mayor atención médica; se descubren más y mejores fármacos y se ponen al alcance de más pacientes. Hay un resumen positivo de todo ello que se cifra, simplemente, en el aumento de la medidad de edad, en el crecimiento de las expectativas de vida, que aumenta año tras año. Pero sobrenada a esa sensación otra de carácter negativo: los hospitales sin camas suficientes, los relatos de las personas que mueren a la puerta de las clínicas rechazadas por los servicios de urgencia, la contabilidad de los escasos minutos que se pueden dedicar a los pacientes en los ambulatorios, los errores clínicos, las huelgas de los médicos, la carestía injusta de los medicamentos, la voracidad económica de los laboratorios, la conversión del viejo farmacéutico que

LAS INSTITUCIONES

hacia con esmero las recetas magistrales, en un burócrata que regatea sus horas de guardia. Se puede notar en todo ello una de las transmigraciones características de nuestro tiempo: al renegar de la institución se reniega de la función que canaliza. Esto es como si la medicina, institucionalizada, ya no curase. Hay una huida hacia las heterodoxias: la acupuntura, el herbolario, la homeopatía, el naturalismo, el curandero, la imposición de manos, el espectro inaprehensible de lo psicosomático.

Se puede traspasar este mero ejemplo a todos los demás aspectos de la vida. La enseñanza —maestros improvisados, drogas en los colegios, motines en las clases, esperanto en las materias de educación, frailes y monjas...—, la cultura —la administra el Estado, que subvenciona o premia las formas que desea, castiga las que no quiere—, la televisión —vehículo de uniformidad, «caja tonta», infiltradora de consignas—, la prensa —en manos de los grupos de capital, deformadora de la realidad—; nada escapa a esta voracidad hipercrítica. Los ejemplos puestos están tomados, generalmente, de una opinión popular, principalmente de izquierda, pero no podría hacerse un catálogo menor con la hipercrítica de la derecha: la seguridad social grava a todos para justificar a los vagos, el subsidio del paro rompe el estímulo de trabajo, el absentismo está justificado por la medicina; en la enseñanza se han infiltrado los viejos enemigos de la sociedad, la televisión transmite inmoralidades, la prensa es «canallescá», el Estado está manejado por las conjuras internacionales, los rojos han tomado la Iglesia, etc.

Todo esto dibuja una sociedad esquizoide. «Las instituciones viejas impiden el desarrollo de una nueva era», hemos visto que decía Brown. Parece como el atroz castigo a que se sometía en tiempos no tan lejanos a las embarazadas solteras: cuando estaban a punto de parto se les ataba las piernas juntas y apretadas para dejarlas morir —y a su hijo— de una manera absolutamente atroz. En nuestras sociedades está ocurriendo que las instituciones amenazadas en lugar de aceptar la metamorfosis, la mutación, la ley del cambio, se refuerzan y se endurecen. Se van hacia la violencia coercitiva. La aparición de ciertos personajes proféticos —Reagan, Wojtyla, Jomeini; extraños profetas vueltos hacia el pasado— parece tener ese sentido, y la vuelta hacia ellos de los cañones de las pistolas de los locos asesinos —que no son menos profetas del pasado— tiene ese sentido del estallido de las tensiones. El círculo cerrado se hace cada vez más

férreo, más sin escapatorias posibles por tangentes que no alivian; a medida que las instituciones se refuerzan y no insisten en lo razonable, en lo mental (o lo sustituyen con fórmulas de retórica gastada) la desobediencia civil aumenta. Pequeñas o grandes cosas. Brown, por citarle una vez más —y porque no parezca que el tema se reduce a la sociedad española—, refleja algunas pequeñas formas reveladoras de la resistencia a la orden de la institución: la negativa a ponerse los cinturones de seguridad en los automóviles o la compra de automóviles extranjeros cuando la industria nacional de los Estados Unidos produce lo suficiente y está a punto de hundirse provocando una ruina nacional.

De todas estas cosas se desprende, para muchos, la idea de una especie de suicidio colectivo. Hace ya años que Arthur Koestler, al frente de un distinguido grupo de eruditos británicos conservadores, editó un libro que se llamaba «El suicidio de una nación»: al despreciar sus instituciones, al no obedecerlas y producir una resistencia civil creciente, los británicos estaban produciendo el suicidio de su nación. Podría hablarse del suicidio de una civilización si se observaran los acontecimientos con la cortedad de puntos de vista de los conservadores. Lo que parece más real es que se está tratando de aniqui-

lar las instituciones que han muerto previamente y que siguen constriñendo la vida. Y la sensación de caos la da la falta de aparición de otras instituciones nuevas.

Pero, ¿van a existir alguna vez, realmente? Puede ser solamente que nuestra contemporaneidad con lo que nace nos impida verlo, como nuestro ritmo interno nos impide ver el movimiento de las agujas del reloj. Pero puede ser, también, que nos encaminemos, quién sabe al final de cuántas pruebas dolorosas, de cuántas experiencias espantosas —guerras civiles, terror de todos los géneros, guerras mundiales—, hacia unas formas de sociedad donde las instituciones pierdan paulatinamente su fuerza, desaparezcán en algunos casos, o se conviertan en formas amables de convivencia y tolerancia. Algunas utopías famosas creyeron vislumbrar estas sociedades posibles, aunque la realidad es que las utopías de nuestro tiempo van en el sentido contrario: de Huxley a Orwell, pasando por los catastrofistas americanos, lo que dibujan es un mundo donde todo esté espantosamente institucionalizado. No está excluida esta solución —si es que se le puede aplicar la palabra solución—; nadie podría decirnos hoy, realmente, si caminamos hacia ese Renacimiento luminoso y alegre o hacia una Era Tenebrosa. ■ E.H.T.



Miles de personas acuden todos los días al Capitolio de Washington donde se supone que está dentro el espíritu de la democracia. Pero ¿han pasado tantas cosas dentro!